

-Despiste-

-Las cuatro y diez – dijo consultando su móvil. La respuesta del transeúnte golpeó con violencia mi pecho. Después de años de investigación, de docenas de intentos y fracasos, estaba convencido de haber fabricado, al fin, una máquina del tiempo perfecta. Decidí probarla viajando sesenta minutos hacia el futuro, pero las palabras de aquel desconocido a quien pregunté la hora me derrotaron completamente. Otra vez había fallado. Sentí entonces el peso de una vida desperdiciada persiguiendo una idea loca y regresé a mi almacén dispuesto a acabar con todo. Quemé mis apuntes. Borré mis archivos. Desmonté, trituré y arrojé al río cada pieza de mi invento. Demasiado tarde me di cuenta de qué fecha era y de que, como sucede siempre durante la madrugada del último domingo de octubre, a las tres, de nuevo, habían vuelto a ser las dos.